

**EL BULLICIO DEL SILENCIO.**

*¿Hay más? Por estos campos hubo un amor de fuego, dos ojos abasaron un corazón manchego. Antonio Machado.*

**Prólogo.**

**La pesadilla tiene** un corte tan real que Belinda se despierta sudando, copiosamente; hasta el embozo sobre su pecho de blanca paloma está empapado, como si le hubiera traspasado la fiebre. Apenas hace una hora que se ha dormido agotada sobre el jergón con el vestido puesto y para eso, para soñar con el obsesivo asedio... Una arcada prorrumpie tachonando el cielo del paladar. Está mareada. Tiene la sensibilidad a flor de piel, no es para menos. Se levanta alerta en el aturdimiento mirando el dintel de la vieja puerta entreabierta, sobrecogida, sintiendo el ardor en las mejillas como una quemadura de segundo grado. Al poner los pies desnudos sobre las losas frías siente un alivio peregrino, pasajero. Mira en las tinieblas la jofaina con apenas un charco de agua, más parece una pila bautismal, ¿y si se mojara con los dedos delicados las cárdenas ojeras?, seguro que el fuego de la telilla delicada bajo los ojos aminoraría su brasa, sería al menos aconsejable. Hay un candil con un cirio encendido sobre el mimbres de la mesita de noche, es ahora que repara en él y se sobresalta. ¿Quién habrá sido? No se quiere calentar la cabeza con especulaciones inútiles, con diatribas, pero el miedo la asalta y su corazón palpita agitado queriendo salirse por la boca. Tal vez Fermina, su madre, ha querido ponerle una aurea de luz santoral que despeje sus miedos, pero hay máculas que no se barren simplemente con exponerlas a la intemperie. Ella sopla la vela empujando el aire con sus labios rosados y un humito como de hebras de hilo algodonoso caracolea un segundo hasta disiparse en la oscuridad. En la habitación queda más tiempo el olor, a lavanda quemada, a esparto, a la cal de las paredes desconchadas, y Belinda busca sus

abarcas tanteando con los pies, y mientras lo hace, unas punzadas de aguja de tejer jerseys de lana se apuntalan en su vientre. Respira hondo, con la hondura de los abismos. Qué le estará pasando por su cabecita a Belinda. Seguro que nada bueno; seguro. Los silencios de los pueblos, cuántos secretos, ay, cuánto dolor.

## I.

**Belinda, con las** abarcas en la mano para no despertar a los habitantes de la casa, recorre de puntillas el pasillo, frío como una tumba, y la vocación de un escalofrío tormentoso se hace efectiva recorriendo su perfil, iluminándolo un instante: un espectro. Qué tendrá. ¿Veintiuno? Sí, puede ser. Acaba de venir –es un decir- de la capital con su título de magisterio bajo el brazo, siete meses hace; con su ahuecamiento de entonces quiso emborronar los sucesos, poner tierra por medio, y aun le queda por ello un regomello. Ha vuelto con la esperanza a pinceladas en los ojos; en vano, porque todo sigue igual, las mismas tropelías, los mismos silencios. Al pasar junto al cuarto de sus padres no puede reprimir una mirada, de soslayo lo hace. Su padre, Abencerraje Maldonado -vaya patronímico-, hombretón indolente, barnizado de desidia, duerme con ronquidos cavernarios que hasta de oso simulan, sus facciones se endurecen con una barba mal afeitada, pintada de negro; con sus calzoncillos blancos también renegridos y su pelambra en pecho, en blanco y negro..., a vuelapluma no parece haber gozado jamás de sentimientos bondadosos, no parece humano. Fermina, su madre, duerme en posición fetal, encogida como un fardo, a los pies del lecho. Puede que haya perdido un poco la cabeza, pero hay que decir en su defensa que las circunstancias abruman, es así. Qué lástima. Todo igual. Aviados estamos. Que Dios nos coja a todos confesados.

**II.**

**La muchacha se** sube en su antigua bicicleta de piñones oxidados y dando la primera pedalada en falso está a punto de caer y escalabrarse: qué vuelco que le ha dado el estómago y el alma. Malvive en vilo efervescente. Esta madrugada el ángel de la guarda no ha sido alertado y podemos temernos lo peor. Adónde irá. Al Pantano de Vicario, allí va, determinante, con todas sus consecuencias. Belinda pedalea despacio, reteniéndose en sus silencios, en su doble soledad. Doble, sí. Porque lleva por tripa un embarazo, sería si llegara a nacer una niña, como le ha dicho la pitonisa Anastasia, mi péndulo es infalible. Pero nuestra joven manchega, flor cercana al fruto, quiere evitarle a su hija ignominias: y está a punto de zurrar mierdas con un látigo, a puntito de mandar todo al carajo. Con las ruedas medio desinfladas atropella un siseñor con las patas verdes, ella no sabe que es un arado de mango medio podrido, abandonado hace un año, dos meses y tres días, que el viento fuerte lo ha puesto en su camino advirtiéndole para que despabile, ay el azar benéfico, pero sus pensamientos son una poderosa sanguijuela que le chupa la sangre, unos pensamientos que están pegados a ella como garrapatas de un mal designio que no parará una herrumbrosa azada. Un come-come le baja por la tráquea, al tragar saliva.

**III.**

**Cuando pasa por** delante del edificio de la Azucarera vomita bilis al viento, sin detenerse. Qué mal se encuentra. Con la atmósfera de turbiedad que la rodea no sabe si recordará el camino que hacía de pequeñuela. El chorro de luz del pequeño faro insinúa una gasolinera, no muy lejos. Ya se acuerda, ha de tomar el sendero de la derecha. El aire gélido siempre ha ido un metro por delante de ella, pero ahora lo alcanza; se siente

impregnada de humedad, hasta el tuétano diría yo, sucia diría ella. Sin dejar de pedalear le vienen nuevas arcadas al recordar como recién llegada de la capital la puerta rural de su cuarto se abre quejumbrosa, despaciosamente. Recuerda cómo pilla cacho el haragán: una mano campechana con uñas infectadas araña su pecho de blanca paloma dejando surcos imborrables mientras su madre mira impotente por la rendija, obligada, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, con el camisón hasta unos pies que se retuercen de ira, con el candil encendido iluminándole media cara, en penumbra la otra mitad, y sus lágrimas densas hundiéndose hacia adentro como piedras en el mar. La inmarcesible infelicidad que el tosco hombre provoca arremete con un chistido adusto seguido de unas palabras que ordenan amenazadoras silencio eterno, esto siempre quedará entre nosotros. Las campanas de la iglesia protestan en silencio.

#### IV.

**La Torre de Bombeo** es un guardián impertérrito que anuncia la proximidad del pantano. Atrás, muy atrás, quedan Las Casas y Belinda ve la Granja Escuela Orea enturbiada por el telo líquido que superficialmente embadurna sus ojos. De vez en vez, una gota de sudor y otra de lágrimas, moja los piñones oxidados de la bicicleta, apoyada en un baldón. El Pantano de Vicario está al cuarenta y cinco por ciento de agua, el resto, cemento, puro y duro, un silo que no espera que un cuerpo joven salte deliberadamente al vacío para aumentar su volumen de agua, que lo pillará distraído, seguro, si al final se decide. La muchacha balancea peligrosamente los pies sobre el acantilado acuífero. Qué vértigo da. La amanecida se acerca, discretísima. Nadie puede llorar por sus ojos, sentir igual que ella, pero sigámosle el rastro de sus lágrimas, para hacernos una idea deliberada de su languidez. Belinda mira en lontananza imaginando que ve Fuencaliente

con su balneario de aguas termales, Anchuras, Almagro, Villanueva de los Infantes, Mota de Cuervo con sus 7 molinos, el Toboso, Quintanar, Criptana, la Mancha entera, como si mirara un mapa desde un lado y viera en miniatura el deambular callado de sus gentes. De pronto, escucha latir sus dos corazones, le da un respingo que la hace saltar las nalgas. El peligro está ahí. Todo es triste, pero sería una diablura que cayera si realmente no quiere su voluntad. Qué silencio hay. Llega el alba y ella en esos momentos se acuerda de una poema de Sabina: La Mancha es de un color especial que no puedo explicar: mitad mágica, mitad desolación. Si no se concentra un poco caerá ella y caerá el verso. Flaco favor nos haría terminando así.

## V.

**La poesía y** la renuncia a la muerte tienen concomitancias. Pues no le da ahora por pensar *En el ancho paisaje de La Mancha, pósito de la luz y de los soles*, ay, como le gustan los versos de Eladio Caballero que tanto ha estudiado y es que ha pasado un tiempo largo y el sol en el este se le mete por los ojos a Belinda como una naranja encendida agrandando sus pupilas. Si no se ha tirado ya, es que no lo va a hacer. Brindemos a la naranja de luz, inmiscuyámonos a favor de las dos vidas que están en juego, inspirémosla si podemos en positivo. Retorna Belinda al sillín de su bicicleta. ¿Será el aire manchego que se ha parado el que le ha hecho cambiar de opinión? Rueda de regreso más liviana y si acercamos el oído parece que tararea: *Canta contra las piedras abrasadas y canta el aire quieto*, qué razón tenía el poeta Ángel Crespo. Si pudiéramos desvelar sus silencios bajo la bóveda azul cobalto del cielo... Belinda que de dulce es una peladilla –eso le decía su novio desde la infancia, Eusebio Quesada, cuatro años menor que ella-, rueda entre los campos de trigo y de cebada, entre bancales

y majuelos. Hay abejarucos que vuelan en círculos y parecen hacerle una corona no se sabe aún si fúnebre o de reina de las fiestas. Pedalea rápido, apunto está de atropellar una lagartija terrosa de ojos saltones. Belinda observa ahora lo que antes ignoraba, calamones, zampullines, fumareles. Ha pasado entre las zarzamoras, entre los escaramujos, entre las albarranas, entre las aliagas, entre los cardos o baños de Venus. En algún sitio incierto huele a heno. Cómo se iba a ir de este mundo sin despedirse de su querubín Eusebio Quesada que la venera hasta el delirio desde la más tierna infancia. O sea, que los compartimentos del doble suicidio no están cerrados del todo... o será una vaga excusa.

## VI.

**Ha vuelto a** Las Casas. Su bicicleta chirría vida. Ella... Nada más entrar en el pueblo se encuentra con Don Zoilo Fonseca, el teniente alcalde madrugador, gabardina al hombro, cara de mala hostia, la saluda con la mano muy abierta y acibuchado, su pupila obscena se fija en la prominencia de su tripa, en qué estará pensando el gachón. Belinda aparca la bicicleta en un fanal y golosamente bebe agua fresca de la fuente; qué trago, le chorrea cristalino por encima de los senos de blanca paloma, ¡Dios mío!, es una sed de mundo. Se sienta en un banco metálico a esperar que Eusebio Quesada le haga un hueco, está atendiendo a unas feligresas en la panadería de su padraastro. Mientras lo hace, rememora el estreno de los juegos amorosos de hace cuatro días, en el granero, con él, sin llegar a la penetración. Recuerda que al terminar Eusebio le dice que delante de su padre o te pones a temblar o no eres humano. Ahora ve a Frontino Roldán que está con un zapato en la horma, ve a Sanchica, Teodora y Urraca, tres niñas, tres trenzas, tres piedras, jugando a la rayuela, ve a Tomasillo el travieso agachándose hasta poner la

cabeza en el suelo: quiere llevarse a casa el trofeo de haber visto alguna braga, ve entrar en el portón de la iglesia a su ilustrísima el mosén Bernaldo Sandoval Sacripante de la familia Clavijo Sandoval y Jerónima Sacripante, mitad beatos por parte de padre, mitad vete tú a saber por respeto a la santísima madre de Jerónima, ve a Cardenio Cascajo y a Pedacio del Toboso, pareja de la Guardia Civil y también de Hecho, la saludan soltándose el meñique que les une y levantando unas cejas despeluchadas; no saben todavía que son objeto de burla (ahora ella acariciando su vientre también será más motivo de tribulaciones, piensa que las suyas acalladas, más dolorosas), ve a Aurelia que ha organizado en su casa del centro histórico un *tele-gachas* para repartir por encargo en los restaurantes de los alrededores su especialidad culinaria, ve a Esplandián y a Gandalín, dos perros de caza, macho y hembra, que reúnen el rebaño y que ahora juegan dando vueltas a fornicar bajo la sombra que da el toldo de la librería de don Dionisio, los nombres de los canes se los puso el pastor Sansonino que en sus ratos de vigilancia no tan austera, allá en el monte, releía el Quijote e influenciado... El pueblo hierve en vida, vida callada de secretos. Eusebio Quesada –pipiolo de diecisiete años– sale de la panadería de su padrastro limpiándose las manos pálidas haciendo un gurullo con el delantal de rigor, con los ojos encendidos por la preocupación. Vengo a despe... dice ella. Lo ha vuelto hacer, ¿verdad?, le interrumpe él, la ha vuelto a liar parda –se cabrea-, ¿sí?, no es igual, pero me voy a casar contigo, por la iglesia si quieres, pero antes lo denuncio, te juro... cómo he podido ser tan cobarde, y le mira el vientre y sonrío de felicidad pellizcada y se lo acaricia con ternura. Qué candido que es, entre otras cosas, por eso Belinda lo ama: El hijo no es tuyo. No importa, te quiero, y la besa en los labios rosados.

## Epílogo.

**Como en los** cuentos bonitos, esta historia acaba bien, podía no haber sido, pero aquí... no ha lugar a otra cosa: bien está lo que bien acaba. La denuncia se hace efectiva y llega a los tribunales, ya era hora. Belinda tiene un aborto natural unas semanas después, ¿Dios se apiada de ellas?, pudiera ser. Un año después aprueba oposiciones y ejerce en un pueblo colindante. El hijo del panadero, Eusebio Quesada, le ofrece su amor incondicional y viven felices y comen juntos muchas gachas y pisto y gazpacho de espárragos blancos y verdes y otras especialidades de la tierra solariega. El padre de Belinda es encerrado por violencia doméstica a la una y a las dos, violencia antigua y nueva, física y psicológica, en el Centro Penitenciario de Herrera de la Mancha, máxima seguridad, ¡bien hecho!, ¡faltaría más!, que tomen nota los criminales de su calaña; hasta los abejarucos parecen en el cielo querer agasajar orquestando con sus vivos aleteos. Menos mal que no hubo tres. El pueblo entero parece respirar con la ausencia del canalla, todos sabían de sus atrocidades y silenciaban por miedo o por lo que sea, y tuvo que ser un imberbe bonachón de diecisiete años el que asumiera las riendas, ahora es un héroe a los ojos de los aldeanos. El pecho de la blanca paloma palpita de gozo por la liberación, lejos quedan las pesadillas, ya puede dormir igual que Fermina con el sueño de los Justos. La Mancha entera se alza desnuda en coloridos con una hermosura que desmaya, rindiéndoles a las víctimas pleitesía. Bien está lo que bien acaba, podríamos dejarlo así, pero hay más, el tiempo sigue su curso, Belinda se vuelve a acariciar el vientre con ternura, esta vez será un varón que crecerá enharinado y saludable, bienvenido sea, oigamos el plop del descorchado, brindemos por él con un vino espumoso D.O. del Campo de Criptana y celebremos de antemano el nacimiento de un auténtico... caballero.